

El jefe traidor, José Tranquilino Almada, que había logrado reunir un gran número de indios Yaquis y Mayos, agregándolos á las fuerzas imperialistas, ocupaba ya la Ciudad de Alamos, cuando el Gral. Rosales llegó á ella.

El heroico Gral. Antonio Rosales, que tanto se distinguió luchando contra los invasores de su patria, murió, según se dice, á manos de un indio perteneciente á la tribu Yaqui.

He aquí como refiere el Sr. Magistrado Buelna en su obra titulada *Breves apuntes para la historia de la guerra de intervención en Sinaloa*, el episodio que puso fin á la gloriosa vida de aquel héroe:

«El ilustre General percibía ya que soplaban sobre su cabeza los vientos de la desgracia, pero tenía un alma incapaz de dejarse quebrantar por las contrariedades de la suerte. Así es que se decidió á volver á Alamos, ya ocupado por numerosas fuerzas imperialistas á las órdenes de D. José María Tranquilino Almada, con sólo 210 infantes que le quedaban y 70 caballos mandados por D. Guadalupe Gómez Llanos. El día 23 de Septiembre en la tarde llegó á la plaza, de donde, al saberse su aproximación, se había salido el enemigo; pero el día 24 por la mañana se vió acometido por éste en la misma ciudad, y después de una breve lucha en las calles fué completamente derrotado, muriendo el doctor Molina, el Teniente Coronel González y más de ochenta hombres entre oficiales y soldados.

«Personas que han recogido las versiones más auténticas en el lugar del infausto suceso, refieren que el heroico general republicano para resistir al enemigo, dividió toda su fuerza en tres partidas: la caballería, al mando del referido Gómez Llanos, una sección de infantería al del Coronel Molina y la otra al suyo propio, haciéndolas marchar inmediatamente á los puntos que les tocaba defender, pues el enemigo ya pisaba en esos momentos las cercanías de la población.

«Por un largo espacio fué acompañando á Molina, que se dirigía con su fuerza al lugar que se le había señalado, y poco después de separarse de él para incorporarse á la suya, que por otro rumbo marchaba á su destino, recibió en la caja del cuerpo un balazo, que se dice le fué tirado desde la Casa de Moneda por un español llamado Moratín, pero pudo continuar su marcha hasta reunirse con su tropa.

«A poco rato, Molina, que ya había entrado en lucha con el enemigo, fué herido gravemente, á pesar de lo cual seguía animando á sus soldados al combate, pero pronto fué á caer moribundo en los escalones del portal exterior de la casa habitada por la familia de la joven que se decía fué su novia, y allí fué bárbaramente rematado por los asaltantes, siendo su cadáver recogido por la misma familia.

«Por otro lado, Rosales veía ya como indudable el desastre de la jornada; la caballería de Gómez Llanos, enviada por él á desalojar al enemigo de un pequeño cerro inmediato, había huído sin combatir, y luego la fuerza que él mismo conducía, era ya acosada á retaguardia por la tropa que acababa de derrotar á Molina, y comenzaba á entrar en dispersión; así es que, mal herido como estaba, se desmontó y escurrióse tocando las puertas de las casas inmediatas para pedir asilo, hasta que llegó al zaguán del frente trasero de la casa de D. José María Almada, padre del jefe asaltante, donde tampoco le abrieron, pues en tales circunstancias no es fácil saber quién llama, ni el abrir carece de peligro.

«En esto aparece un indio, soldado imperialista, á quien Rosales disparó á cinco pasos de distancia los tiros de su pistola; y aguardando aquel indio con la impasibilidad característica de su raza á que acabaran los disparos, acabó de matar cruelmente á palos al que había sido generoso vencedor de los franceses».

El Sr. Corral me ha referido este acontecimiento en términos parecidos á los del Sr. Buelna; pero el Sr. Gral. Angel Martínez me refirió lo siguiente:

«Fortino Vizcayno, un traidor que sirvió de guía á los franceses, y dos hijos de Tranquilino Almada fueron los que hicieron asesinar á Rosales.

«Uno de dichos Almada, trató de impedir la muerte del Gral., pero Vizcayno y el otro insistieron, logrando consumir el asesinato.

«Al que intercedió por Rosales, el Gral. Martínez le salvó la vida cuando más tarde cayó prisionero en compañía del jefe indígena, traidor, Refugio Tánori; pero al otro Almada y á Tánori, junto con varios imperialistas, los hizo fusilar en Guaymas, previo el proceso y la sentencia del jurado que los condenó á muerte.»

Todos estos individuos habían sido aprehendidos á bordo de un buque en que se escapaban con el traidor Tranquilino Almada (á) el Chato, que murió en el mismo buque á manos de los hermanos Avilés, á cuyo otro hermano había el Chato asesinado, hacía ya algún tiempo.

El aprehensor de los imperialistas que huían fué D. Próspero Salazar, á quien el Gral. Martínez envió sobre ellos en un buque mercante armado en guerra.

Al hablar del valiente Gral. republicano D. Angel Martínez, me parece digno de referir el episodio siguiente:

Tomada la plaza de Alamos, en la que sucumbieron muchos franceses y también muchos traidores, el Gral. Martínez, herido, con un brazo casi destrozado, montando el magnífico caballo «El Patoni» que le había regalado D. Francisco Serna, salió en persecución de un grupo de fugitivos en el que iba un hermano del Chato Almada á quien Martínez confundió con D. Tranquilino y á quien alcanzó cerca de la población.

Al sentirse alcanzado, Almada se detuvo é hizo fuego á quemarropa sobre Martínez sin tocarlo: entonces el Gral. asestó al fugitivo tan tremendo golpe de sable, que dividió completamente la mano de Almada y la tosca y maciza culata de la pistola que aquel empuñaba: mano y fragmentos de pistola quedaron en el suelo.

En cuanto á Vizcayno, el otro asesino de Rosales, que huyó á bordo de un buque en el que se embarcó D. Francisco Serna para California, volvió más tarde á Sinaloa, y en combinación con D. Plácido Vega, protegido por Lozada, organizó una expedición filibustera sobre el Puerto de Guaymas.

Sorprendió la ciudad, la saqueó, y se fué llevándose el botín y plagiando al Jefe de Hacienda D. Alfonso Mejía.

Después, Fortino Vizcayno organizó algunas fuerzas en Tepic; pero fué derrotado en Tacuitapa por el denodado Gral. Bernardo Reyes y quedó prisionero.

Cuando llegó á México la noticia de la aprehensión de Vizcayno, el Gral. Martínez se encontraba en la Capital, y consultado por el Ministro de la Guerra que lo era entonces el inolvidable Gral. D. Mariano Escobedo, acerca de los antecedentes de Vizcayno: «Es, contestó, el asesino de Rosales.»

En el acto se dió al Sr. Gral. Reyes la orden de fusilar á Vizcayno, previas las formalidades de ordenanza.

En Octubre del mismo año, la insurrección de los indios del Río del Fuerte, cundió hasta los del de Sinaloa, y el Comandante D. Manuel Pérez se vió precisado á marchar sobre ellos. Sorprendió á los pronunciados en el pueblo de Guazave el día 21 y los derrotó completamente.

El día 7 de Enero de 1866 tomó el valiente y patriota Gral. Angel Martínez la plaza de Alamos, y el 4 de Mayo, habiendo vuelto á Sinaloa, derrotó á los indios sublevados, en Cahuinai, expidiendo la proclama siguiente:

«El C. General Angel Martínez, Jefe de la Brigada de Occidente.

Considerando: Que la sublevación de los indios de los distritos de Sinaloa y del Fuerte contra las legítimas autoridades de la Nación, más bien que á otra causa, debe atribuirse á las ma-

quinaciones é influencias puestas en juego por algunos malos mexicanos que alucinados del modo más lamentable han estado conspirando contra la libertad é independencia de su patria;

Considerando: Que en la última campaña abierta sobre los indios han visto los rebeldes, que al Gobierno legítimo del Estado sobra poder para luchar contra los invasores y reprimir á la vez los movimientos criminales que sugiere la traición; y

Considerando por último: Que la casta indígena siempre engañada, por los que respecta á sus verdaderos intereses, es por otros títulos muy digna de conmiseración, haciendo uso de las facultades de que me hallo investido, y en consonancia con los sentimientos del Gobierno del Estado de Sinaloa, he venido en decretar lo siguiente:

Art. 1.º Se concede indulto á todos los indios de los distritos del Fuerte y Sinaloa que hayan estado y están con las armas en la mano en oposición á las legítimas autoridades de la Nación.

Art. 2.º Los que quisieren acogerse á este indulto, tendrán que presentarse en improrrogable término de 60 días, contados desde esta fecha, á las primeras autoridades políticas de sus respectivos distritos, y esas deberán expedirles un documento que acredite la gracia que se les concede por el presente decreto.

Art. 3.º A los Prefectos y Comandantes militares de los distritos del Fuerte y Sinaloa, por el presente decreto, les queda cometida la facultad de conocer y resolver sobre las cuestiones pendientes de terrenos que hayan pertenecido ó pertenezcan á indios; poniéndolos desde luego en posesión de aquellos cuyos títulos no acrediten legalmente haber pasado á propiedad particular.

Art. 4.º Los Prefectos y Comandantes militares de los distritos del Fuerte y Sinaloa considerarán para lo sucesivo como uno de los deberes más sagrados vigilar sobre los intereses de los indios, teniendo el mayor cuidado para evitarles cualesquiera perjuicios y, sobre todo, para que no se les defraude la paga y justas retribuciones que se les deban por su trabajo á fin que ellos experimenten de un modo material las ventajas y bienestar que les resultan de mantenerse fieles y obedientes al Gobierno legítimo de la Nación.

Y para que llegue á noticia de quienes corresponda, mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento.

Dado en Alamos á 15 de Marzo de 1866.—*Angel Martínez.*»

Los Yaquis y los Mayos, como todos los indios de Sonora y Sinaloa, tomaron parte, unos á favor y otros en contra de los traidores, según el partido de los jefes que lograban atraerlos á sus filas.

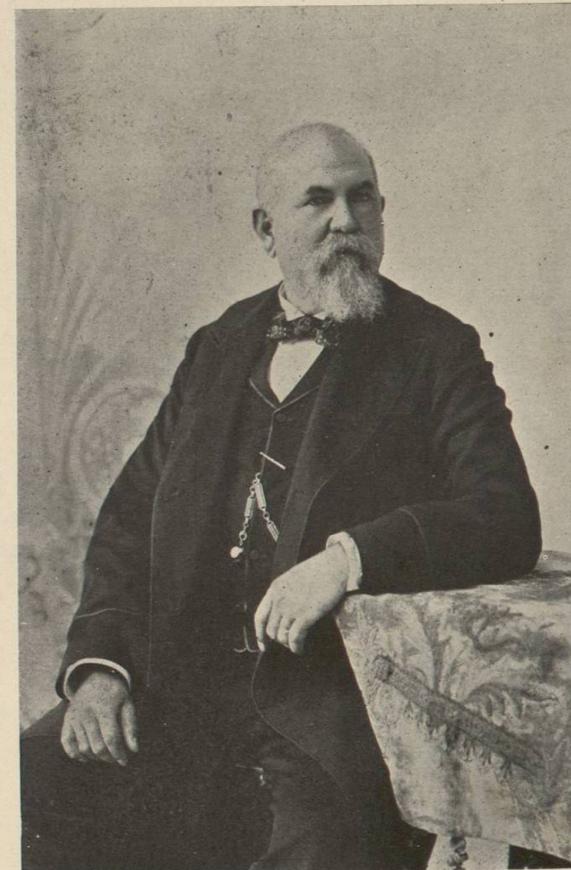
En los cuerpos que de Sonora fueron á Culiacán por orden del Gral. en Jefe del Ejército de Occidente, al mando de los Sres. Coronel D. Ascensión Correa, Teniente Coronel D. José Palacio y Comandante D. Florencio Pacheco, figuraban muchos indios: y en las fuerzas del Gral. D. Ignacio Pesqueira, que ocupó la ciudad de Hermosillo el día 4 de Mayo, se encontraban también muchos soldados Yaquis y á algunos Mayos.

En 1868 se emprendió una nueva y ruda campaña sobre las dos tribus que aparentando una sumisión completa, acabaron, sin embargo, por asesinar al alcalde de Echojoá y á siete personas más.

El Supremo Gobierno, con el objeto de impedir más crímenes, dispuso que una sección de fuerzas se situara en el río.

Se inició además el equitativo reparto de las tierras á que con justicia alegaban los indios tener derecho; pero esta sabia y justificada medida no se llevó á efecto.

Durante algunos años, permanecieron los Yaquis en quietud, aunque substraídos á la obediencia del Gobierno.



GENERAL ANGEL MARTINEZ

En 1875, aprovechándose de la guerra civil que envolvía el Estado, los Yaquis y los Mayos iniciaron una nueva rebelión. Desde el mes de Julio comenzaron á sentirse en ambos ríos movimientos alarmantes presagiando una revolución. El jefe Cajeme aprehendió y fusiló en el Yaqui á algunos indígenas que se oponían al levantamiento, y coincidiendo con este hecho las autoridades de Santa Cruz, en el Mayo, lograron descubrir algunas reuniones clandestinas de cabecillas indios invitados por el cacique del Yaqui para levantarse. En esa misma época se despoblaron Cócorit y Santa Cruz, pueblos que fueron reducidos á cenizas por los indios y todos los blancos que habitaban entre los Yaquis huyeron abandonando los intereses que allí habían creado.

A fines de Octubre los indios atacaron un punto llamado El Guájari, en la Sierra del Bacatete, y se hicieron sentir en otras pequeñas poblaciones. El Prefecto de Guaymas mandó sobre ellos un piquete de 25 hombres de caballería, que sirviera por lo menos, para evitar los robos que ya comenzaban á efectuar en diversos ranchos.

Tan alarmante se presentaba la situación en el Yaqui, que el Sr. Gral. José J. Pesqueira, que desempeñaba el cargo de Gobernador del Estado, marchó en persona á hacer la campaña con una fuerza de 500 hombres y una batería de montaña. El 1.º de Diciembre se encontró en la Pitahaya con una gran masa de indios acaudillados por Cajeme, y después de un combate muy reñido, quedaron victoriosas las fuerzas de Pesqueira, matando más de 60 Yaquis: los vencedores tuvieron 60 heridos.

Tras este descalabro, los indios se refugiaron en sus madrigueras del Río y Pesqueira siguió la campaña sobre ellos, penetrando por todos los pueblos hasta situar su campamento en el Médano, cerca de la costa del Golfo. Los Yaquis continuaban rebelados, y algunas partidas de la fuerza expedicionaria tuvieron diversos encuentros con grupos de sublevados, derrotándolos siempre y haciéndoles varios muertos.

Por desgracia no se limitó á esto el daño causado á los naturales, pues además se les capturaron y aprisionaron sus familias, cometiendo con ella algunos actos de crueldad; se les quitaron sus pocos bienes; se fusilaron cuantos prisioneros cayeron en poder de las fuerzas y se les cometieron diversas clases de ultrajes, que naturalmente exacerbaban el odio de los indios impulsándolos á sostener la revolución.

Pesqueira había empezado á construir un Fuerte en el Médano, pero no pudo concluirlo porque á fines de Diciembre tuvo que salir del Yaqui para atender á la guerra civil que agitó en esa época todo el Estado, y que en aquellos días había ya invadido los Distritos de Alamos y Hermosillo.

Después de la salida de Pesqueira, los Yaquis continuaron sublevados y atacaron algunas poblaciones y ranchos situados en el Valle de Guaymas y cercanos á sus dominios.

Los Mayos, por su parte, siguieron guardando la misma actitud amenazando la plaza de Navojoa que, para su defensa, sólo tenía una corta guarnición de vecinos armados.

Todo el resto del año de 1875 y todo el de 1876, continuó la tribu promoviendo alarmas en las poblaciones limítrofes al Río; y en Febrero de 1877, se pudo notar que los cabecillas Mayos Felipe Valenzuela y Miguel Totolitoqui trataban de organizar un levantamiento en el pueblo de San Pedro, con el objeto ostensible de destruir unas vinaterías que estaban cerca de Navojoa.

En esta población se había podido formar con los vecinos una pequeña fuerza, de la cual, 50 hombres de caballería salieron á principios de Marzo contra los sublevados de los pueblos de *abajo*. Al llegar á Quirrimpo fueron atacados por unos 400 indios, á quienes lograron vencer después de reñido combate. Los indígenas tuvieron 12 muertos y se llevaron en su retirada varios heridos; las fuerzas de Navojoa tuvieron un muerto y 7 heridos.

Después de este hecho, los jefes indios protestaron obediencia á las autoridades: pero las alarmas continuaron en el Río, dando por resultado que todas las poblaciones situadas *abajo* de Navojoa se quedaron sin habitantes de raza blanca.

Desde esa fecha hasta 1882, los Yaquis y los Mayos vivieron en relativa paz, pues no atacaban las poblaciones que estaban fuera de su dominio, ni se organizaban en masas considerables: se limitaban á vivir independientes sin reconocer más autoridad que la de sus caciques, y se contentaban con robar constantemente los bienes de campo de los ranchos colindantes.

En 1882 hicieron otra revolución, impulsados por causas difíciles de averiguar. En aquella época estaba al frente del Gobierno del Estado D. Carlos R. Ortiz, cuya familia tenía una hacienda agrícola en Navojoa por lo que se le atribuía interés en ensanchar la adquisición de terrenos en aquella comarca. El Gobernador había nombrado á su hermano D. Agustín, Comandante militar del Distrito de Alamos, siendo á la vez administrador de la hacienda; este señor organizó una fuerza en el mismo pueblo de Navojoa, con el objeto, sin duda, de utilizarla contra los indios.

Por esta circunstancia, no faltó quien asegurara que la hostilidad había partido del Gobierno hacia los indios para proteger intereses particulares del jefe del Estado; pero éste, á su vez, inculpaba á sus enemigos políticos, y la verdad es que me ha parecido inútil y odioso el hacer investigaciones en este sentido, pues abrigó la convicción de que son verdaderamente excepcionales los gobernantes que saben sacrificar sus mezquinas ambiciones de hombres á sus deberes de funcionarios y patriotas; y jamás me ocuparía en relatar miserias y pequeñeces, que por lo demás, se encuentran en todos los Gobiernos del mundo; ya que con esto no conseguiría más que empañar el hoy, alto prestigio de mi país.

Lo más natural es creer que las tribus, obedeciendo á sus instintos de pillaje, se aprestaban á una nueva sublevación instigados por sus ambiciosos cabecillas.

Sea de ello lo que fuere, el hecho es que en Agosto de ese año empezaron de nuevo las alarmas: se dijo que los indios habían asesinado á algunos individuos cerca del pueblo de Cuirimpo, y se organizaron más fuerzas en Navojoa con los cuantiosos elementos de guerra que el Gobierno remitió para el efecto.

En Septiembre se supo que Cajeme, jefe del Yaqui, se ocupaba en promover reuniones de indios excitándolos á que tomaran parte activa en la revolución que iniciaban los Mayos.

El Comandante Militar de Alamos organizó nuevas fuerzas, y como se trataba del asunto más popular que por entonces había en aquel Distrito, la defensa contra los indios, todo el mundo se prestó á servir y en breve tiempo estuvieron sobre las armas como 1,000 hombres, entre los que se contaban algunos jóvenes de la buena sociedad Alamense.

A principios de Octubre se participó que Cajeme con 3,000 Yaquis había penetrado al Mayo, situándose en Echojoa, donde se le reunieron 1,000 Mayos. Desde allí estuvieron los indios haciendo excursiones por los ranchos de Bacabachi, Capetamaya, Chichinibampo, Yópori, Torobena y otros, robando ganados y sembrando el terror entre sus habitantes, que comenzaron á huir por distintos rumbos.

El día 15 de Octubre, D. Agustín Ortiz, con 150 hombres de infantería y 130 de caballería, salió de Navojoa sobre Capetamaya, en donde se tenía noticia de que estaban 1,000 indios. En la mañana del día siguiente, al llegar á aquel rancho, se encontró con todo el grueso de las fuerzas de Cajeme, y se trabó un reñido y sangriento combate en el que de una y otra parte se disputó la victoria con ardor.

Circularon diversas versiones acerca del resultado: pero lo que parece más cierto es que unos y otros combatientes fueron derrotados, pues mientras Cajeme y sus indios huían hacia el Yaqui, Ortiz y sus fuerzas salían dispersos y en completa fuga por Navojoa, Promontorios,

Quiriego, Batacosa y otros puntos. Según los partes rendidos al Gobierno, quedaron en el campo 200 indios muertos, y se dijo que Cajeme estaba herido. De la tropa de Ortiz, murieron 15 y quedaron heridos 50. Entre los muertos estaban los oficiales Uriel Gil, Espiridión Obregón y Tomás Leal; entre los heridos, los oficiales Ramón Valenzuela, Miguel Serrano, Francisco F. Tellechea y Bartolomé A. Salido.

Una parte considerable de los dispersos del Gobierno se reunió en Navojoa á la guarnición de 500 hombres que allá había quedado.

En estas circunstancias tuvieron lugar en el Estado los acontecimientos políticos que determinaron la separación de D. Carlos Ortiz del Gobierno, y por orden del Vicegobernador se dió de baja en Noviembre toda la fuerza de Navojoa, no quedando allí más de 50 hombres de guarnición. Una parte de éstos salió á expedicionar á los pueblos de *abajo*, y el día 8 del mismo mes atacó á una partida de indios, cerca de Navojoa, y los dispersó.

Los recursos para sostener esta actitud hostil y armada contra los indios, se habían agotado; la situación era cada día más tirante, y por fin, el comercio de Alamos elevó una solicitud al General D. Bernardo Reyes, actual Ministro de Guerra y Marina, que era entonces el Jefe de la fuerza federal en Sonora, pidiendo el auxilio de las armas federales.

El señor General Reyes atendió la solicitud; en los primeros días de Diciembre mandó á Navojoa 150 soldados del 6.º Batallón á las órdenes del Teniente Coronel Pedro A. Gutiérrez, y con sólo esto se restableció la calma y fueron dados de baja los 50 hombres que aun tenía allí el Gobierno del Estado.

A principios del año de 1883, empezó á circular la noticia de que los indios de Quirimpo, Tecia y Navojoa, proyectaban una reunión con el fin de efectuar un nuevo alzamiento, y que los de Santa Cruz, á las órdenes de Cajeme, se movían con el mismo objeto. La autoridad de Navojoa, de acuerdo con el Capitán Ayala, Jefe de la guarnición federal en aquel pueblo, organizó una fuerza formada por particulares para resistir á los indios.

El haber sido aprehendido el indígena José Zarapero, Jefe de la tribu, y el haberse encontrado en Alamos el señor General José Guillermo Carbó, que mandó reforzar con 100 hombres la guarnición de Navojoa, hizo que la calma volviera y se restableciera la confianza.

En Junio hubo otra alarma ocasionada por un viaje que hizo Cajeme al Mayo con 200 hombres de escolta; pero no tuvo más objeto que arreglar algunas cuestiones suscitadas por los cabecillas de aquel Río; y como después de arreglarlas regresó al Yaqui, se restableció la tranquilidad.

En el mes de Octubre los Mayos tuvieron una reunión en Quirimpo, en la cual discutieron la idea de armarse y atacar á Navojoa; pero con toda oportunidad se dictaron medidas para evitarlo: el Prefecto de Alamos, D. José de Jesús Salido, estuvo personalmente en el Río, logró aprehender á varios cabecillas indios, sobre los que pesaban algunos delitos del orden común, los consignó á la autoridad judicial y todo volvió á quedar en reposo.

El 28 de Julio de 1884 se levantaron en armas los indios de Quirimpo, de acuerdo, según se pudo averiguar, con los de San Pedro, Tecia y Navojoa, con el fin de atacar este último pueblo. Los sublevados, en número de 50, avanzaron sobre el pueblo, matando al indígena Esteban Jusacamea, adicto al Gobierno.

El Presidente Municipal de Navojoa, que tuvo noticia oportuna de esto, logró organizar una fuerza de caballería para proteger á las familias pacíficas de Quirimpo y San Ignacio, que salían huyendo de sus pueblos.

El C. Jesús Morales, con 20 nacionales, y el Capitán Jesús Cervantes con 25 federales, se dirigieron al pueblo de Quirimpo, en donde lograron aprehender á uno de los sublevados que les dió noticia de todo lo que pasaba. Los insurrectos situaron su campamento cerca de Navo-

joa, en cuya población se reconcentró la pequeña fuerza del Gobierno, destacando una avanzada sobre el enemigo, con el cual se tiroteó el día 30 en el punto llamado Torocoba.

El Prefecto de Alamos, bajo las instrucciones del Gobierno y con el fin de defender á todo trance á Navojoa, reforzó la guarnición de este pueblo y se preparó á la defensa, sin disponer un ataque decisivo sobre los indios para evitar derramamiento de sangre, con la esperanza de que sin llegar á ese extremo depusieran aquellos su actitud hostil.

Esta situación se prolongó por los meses de Agosto y Septiembre: los sublevados, acampando unas veces cerca de Navojoa y retirándose otras, se sostuvieron armados, llegando á formar un grupo como de 200 hombres. Las fuerzas de aquel pueblo se mantenían á la defensiva, destacando algunas avanzadas para conocer los movimientos del enemigo: una de éstas se encontró el 20 de Agosto con los indios, y en el tiroteo que hubo murieron un indio y el soldado Espiridión Félix.

Después de este suceso hubo una tregua, durante la cual los Mayos no se hacían sentir más que por sus robos en los ranchos inmediatos. En Octubre una partida de ellos robó algunas reses en el Rancho de Babójori, á seis leguas de Navojoa: los vaqueros salieron á perseguirlos, los alcanzaron y los derrotaron, matando á uno de los indios; los derrotados se vengaron asesinando á Ramón Soto, á quien encontraron en el campo.

El poco apoyo que en el mismo río encontraron esta vez los insurrectos, el no haberlos auxiliado el cabecilla Cajeme, y el haber mandado el General Carbó reforzar con 100 hombres la guarnición de Navojoa, hizo que al fin los Mayos depusieran las armas, solicitando por medio de unos comisionados la paz ante el Prefecto de Alamos.

Se ha visto que Cajeme, á quien el Gobierno de Sonora cometió la imprudencia de nombrar Capitán General de los Ríos Yaqui y Mayo, figura en la sublevación de 1875 capitaneando á los rebeldes: tanto por dar la explicación de este y otros hechos, cuanto por ser el referido Capitán uno de los caciques más astutos y uno de los caudillos más notables de aquellas tribus, me parece oportuno publicar la biografía del Jefe indio, escrita en 1887 por el Sr. Ramón Corral y tomada del periódico oficial del Estado de Sonora.

He utilizado en esta obra muchos datos recogidos por el Sr. Corral durante los períodos en que desempeñó, ya el cargo de Secretario de Gobierno, ya el de Gobernador de aquel Estado, y durante los cuales tuvo la oportunidad de tomarlos directamente de los partes oficiales.

Hay en Sonora la creencia de que Cajeme asistió al sitio de Querétaro, combatiendo á favor de la causa republicana; pero me había sido imposible convencerme de la veracidad de tal aserto, hasta que el señor General Bernardo Reyes, actual Ministro de la Guerra, me ha dicho que Cajeme concurrió al asalto de aquella plaza y que él mismo le vió combatir en las filas del ejército liberal.

CAJEME

El cabecilla Yaqui, dice el Sr. Corral en dicha biografía, el terrible Cajeme, cuyo nombre resuena hace dos años en toda la República, acaba de ser aprehendido por el Gral. Angel Martínez, Jefe de la Zona Militar, en San José de Guaymas.

Este guerrero indio, que nos hace recordar á los héroes legendarios de la época de Xicotencatl, célebre en Sonora desde hace doce años por la dominación que ha sabido ejercer sobre las tribus Yaqui y Mayo, manteniéndolas independientes, ha adquirido proporciones colosales extendiendo su fama por todo el país, durante la última guerra que aquellas razas belicosas han sostenido con las fuerzas del Ejército Nacional.

Y en verdad que esa fama es bien merecida. La lucha ha sido prolongada y terrible, y durante ella Cajeme ha dado pruebas no solamente de un valor que nadie se atreve á negarle, sino también de una constancia y una firmeza á prueba de infortunios, herencia de su raza indomable.

Yo lo he visto en su prisión en Guaymas, en el mismo alojamiento del General Martínez, quien tiene la noble generosidad de guardar al vencido toda clase de consideraciones. De él mismo he recogido los datos que me sirven para escribir estos apuntes, y si he de ser justo, debo confesar que, á juzgar por lo que sabemos en Sonora de la vida de este indio, y que él mismo me ha repetido con la mayor ingenuidad, todos los antecedentes que voy á consignar tienen el mérito de la exactitud.

José María Leyva Cajeme nació en Hermosillo en el año de 1837. Sus padres fueron Francisco Leyva y Juana Pérez, Yaquis de raza pura. El primero originario del pueblo de Huirivis y la segunda de Potam.

Los primeros años su vida los pasó nuestro héroe en el pueblo de Ráun, sumido en esa profunda ignorancia y en esa obscuridad que son comunes á los desheredados de su tribu. El único incidente que turbó la monotonía de aquella vida fué un viaje á California en 1849. Francisco Leyva, acompañado de su hijo, dejó su querida tierra del Yaqui y formó parte de una de aquellas memorables expediciones que se lanzaban como una avalancha en pos de los fabulosos placeres de oro que, como una creación de la lámpara de Aladín, habían brotado en los entonces desiertos de California.

Nuestro héroe tenía apenas doce años y aún se acuerda de una vez en que la codicia de los americanos obligó á un grupo de mexicanos á defender su metal, arma en mano, como sucedía muy á menudo en aquella agrupación de aventureros que no tenía más dios que el oro, ni